

La sabiduría
del
número uno

Eduardo Toledo Inclán

*“Un día descubrí...
que nunca sería
un número uno”*

Me he pasado media vida estancado en esta frase. Sin saber cómo continuar.

En su momento, me pareció la forma más brillante con la que se podía empezar una novela. Perdón, la 'Gran Novela', la mejor de todos los tiempos, porque mi arrogancia, por entonces, no tenía límites. Sólo sería capaz de escribir una novela si estaba destinada a ser la mejor novela jamás escrita. De manera que nunca la escribí. Lo peor de todo, tampoco pase de la primera frase. Nada que dijera podría alcanzar ese nivel de perfección.

Durante muchos años, me atormentó. Era un enigma que me perseguía sin saber cómo darle continuidad. ¿Cómo seguir? ¿Qué podría estar a la altura de esa gran primera oración? Incapaz de proseguir mi gran obra maestra, la metí en un cajón para nunca más volverla a sacar.

Así que me podría presentar de esta forma: "Soy el autor de la mejor novela de la historia. Pero, no la busquen en Google, ni en ninguna librería, porque nunca llegó a publicarse. Tampoco se escribió. Lo peor de todo: ni siquiera estaba en mi cabeza". De esto, me he dado cuenta muchos años después. Entonces, durante mi etapa de iconoclasta estudiante universitario, sólo estaba preocupado

por llegar al altar de la fama mediante todos los atajos posibles, por la vía más rápida. A lo único que llegué fue a la nada más absoluta, al precipicio de una depresión.

Pero, el destino estaba decidido a jugar conmigo en la búsqueda de una familia para esa frase huérfana. Durante tiempo, sin buscarlo, me ha ido dando pistas sobre cómo continuar el relato. Señales que no eran otra cosa que mis propios aprendizajes vitales. Como si el destino hubiera decidido que ya había pasado demasiado tiempo con la misma lección y que estaba preparado para pasar de pantalla y subir de nivel.

Me ha ocurrido varias veces, así que he perdido la cuenta de la pantalla en la que estoy ahora. En realidad, estoy convencido de haber llegado al final de este laberinto que me ha tenido atrapado durante más de veinticinco años y del que creo haber encontrado la solución. La única intención de este relato es compartirlo con todos ustedes para que, si se les presenta la misma situación, no malgasten lo mejor de su vida, como lamentablemente me ocurrió. Consta de siete descubrimientos vitales en los que tuve el aprendizaje necesario para coger impulso y dar un salto adelante, hasta el siguiente escalón.

Un día descubrí...
que podría conseguir
lo que me propusiera

Ésta fue la primera pista que me regaló el destino. Apareció en la biografía de un político al que admiro y al que he tenido la suerte de conocer: Ramón Jáuregui. Hablando de su época escolar, mostraba esta mezcla de sinceridad y coraje:

"Sin poder presumir de haber sido una lumbrera, ni un elemento destacado en mis primeros estudios, sí que descubrí algo muy importante. Que no sería el primero de la clase ni el segundo, pero podía conseguir lo que me proponía, estar entre los primeros, saber lo que tenía que hacer, y desentrañar lo que me parecía más difícil e incomprensible, a base de esfuerzo, con una aplicación concentrada de mi voluntad.

Y ese arte, el de conseguir lo que me había propuesto, el de lograr avanzar, con sólo quererlo y ejercitarme a ello, sobre un terreno ignoto, salvando obstáculos hacia un objetivo, que me producía más satisfacción que cualquier cosa que pudiera conseguir más fácilmente, gracias a una habilidad natural o ya aprendida. Comprendí que no sólo mi cuerpo, sino también, y sobre todo, mi mente, podía ser el objeto o el instrumento de mi voluntad. Que yo podía ser mi espíritu sobre mi mismo y conseguir cosas que me parecieran imposibles".

Para algunos habría sido lo suficientemente elocuente como para haber enderezado su rumbo vital. Pero, cegado por un velo de orgullo, seguí sin entender nada, aunque estaba convencido de que esas palabras de Ramón encerraban un mensaje oculto para mi vida, que debía descifrar. ¡Cómo si no estuvieran claras!

Pero, insisto, no hicieron sino ensanchar el misterio con el que me atormentaba y con el que castigué a algún amigo de esa época al que propuse escribir una novela a cuatro manos, cada uno una frase o un párrafo, para desentrañar semejante jeroglífico vital.

Seguía sin darme cuenta de que la fama no es cuestión de frases brillantes más o menos ingeniosas, sino de atreverse a intentarlo, de muchos días de esfuerzo, de perseguir un propósito, el destino que sueñas y anhelas. Y que la felicidad no es el final sino el camino, el disfrutar de cada paso, de cada instante que te llevará a alcanzar un sueño. El que siempre perseguiste.

Y, seguía sin ver que cualquier cosa que hiciera no sería lo bastante buena si me empeñaba en mirarlo desde la atalaya de mi orgullo, si nacía de una mente orgullosa empeñada en pasar a la posteridad.

Un día descubrí...
que ser un número uno
no da la felicidad

Ante mi ceguera, la vida se encarga de darme nuevas pistas, de escribir conmigo esa cuestión que había quedado abierta sin respuesta hace muchos años. En esta ocasión, la pista llegó en forma de regalo, porque esto fue descubrir que había estado abrazado media vida a una idea que, sencillamente, es falsa.

En cuanto los golpes del destino me bajaron al valle de la humildad, descubrí que mi frase gloriosa, el pórtico a la mayor novela de todos los tiempos, era una soberana mentira. Sí, es falso que dejemos de ser un número uno. Siempre lo somos, desde el momento de nacer hasta el momento de morir. Déjame que te lo explique.

¿Piensa en el valor que tendría una pieza única en una subasta? Incalculable, ¿verdad? Esa pieza única que somos cada uno de nosotros. No hay dos personas iguales, ni siquiera hay dos cosas iguales o dos instantes iguales. Hasta los hermanos siameses son diferentes. Todos somos distintos, únicos. Nadie hay igual a cada uno de nosotros.

Éste es nuestro gran tesoro. Ésta es la única y gran verdad. El resto es la gran mentira que nos han hecho creer y que nos siguen vendiendo. De pequeños, nos enseñaron que la felicidad está en ser los primeros, en quedar delante de todos los de

más, de subir a lo más alto del podium. Sólo el que llega el primero tiene la recompensa de ser feliz, ese premio que todos anhelamos.

Y, engañados, nos pasamos la vida empeñados en estar por encima del resto. Siempre. Da igual para lo que sea, tanto un juego, como una simple conversación. Siempre los primeros, siempre por encima. Imponiendo nuestra razón a los demás. Al precio que sea.

Esa mentira es el origen de todas nuestras peleas diarias y también de todas nuestras inseguridades, de la falta de autoestima de millones de personas que se someten a crueles sacrificios para que les reconozcan su valía y las quieran.

La gran mentira de este tiempo es pensar que somos incompletos, que nos falta algo, que necesitamos a otro, o a otra, para alcanzar la plenitud. Nos han vendido esa idea de amor en las películas de los domingos por la tarde. Perseguimos un ideal que, simplemente, es imposible de alcanzar. Es pura fantasía.

La vida cambia cuando descubres que todo es una soberana mentira, porque somos seres completos, ejemplares únicos de la especie más evolucionada de la tierra.

Un día descubriré...
que todos somos
un número uno

En la carrera por ser un número uno, todos ganamos el Gran Premio de la Envidia. Mirar lo bueno que hay en el otro, y no valorar todo lo que tenemos, es la causa de toda la infelicidad del mundo, una venda demasiado oscura que ponemos ante nuestros ojos y que nos impide ver toda la abundancia y todo el amor del Universo. Así de sencillo.

La trampa de la vida tiene un nombre: compararse. En el momento en que comienzas a buscar parecidos y semejanzas con cualquier otro, pierdes el poder de ser único, dejas de ser perfecto.

La gran aventura de nuestra vida debería ser el descubrimiento de todo aquello que nos hace únicos, sentirnos orgullosos por ser así y vivir auténticamente esa forma de ser que tenemos cada uno. En definitiva, vivir la vida a la que estamos destinados: vivir nuestra vida y no la de otros.

El día que descubrí que era único supuso una gran liberación: dejé de luchar contra mi propia obsesión por ser perfecto, el mejor, el campeón que recogía las mieles de la gloria. Todos somos un número uno. No tenía nada que hacer para perseguir lo que anhelaba; sencillamente, ya lo era. Había sido perfecto desde el primer minuto de

mi vida, desde que el Creador quiso que naciera en la familia en la que lo hice, con los padres que tuve y con toda la existencia que he tenido desde entonces. No merece la pena luchar contra ello. Es energía perdida.

El error es empeñarnos en ser especiales y no agradecer que ya lo somos de serie. Quien entienda la vida como una carrera, jamás logrará el triunfo de la felicidad. Siempre estará incompleto, siempre quedará una cumbre por subir, un más allá que alcanzar. ¿Por qué lo hacemos? Porque hay muchos interesados en que perdamos ese poder que ya teníamos de niños y nos convirtamos en auténticos mendigos del reconocimiento externo.

Convertimos nuestra existencia en una ginkana para conquistar nuestra dosis diaria de valor, que reclamamos a los otros, a nuestras parejas, a nuestros jefes, a nuestros amigos, sin saber que no necesitamos que nadie nos la proporcione, porque es tan nuestra como la vida. La existencia se parece más a esos concursos de cocina en donde le dan algunos ingredientes a un chef, que tiene que hacer con ellos la mejor receta. De eso va el éxito en la vida: de preparar el bocado más succulento con los ingredientes únicos que la vida nos dio, de lograr nuestra mejor receta para nutrir a los demás.

Un día descubrí...
qué me impedía
ser un número uno

¿Por que nos empañamos, entonces, en compararnos, en vivir la vida que quieren otros y con los sueños que quieren otros?

Porque es más cómodo vivir la mentira que otros nos dan que nuestra propia verdad. Porque es más tranquilo vivir una vida incompleta que arriesgarnos a sentir toda nuestra plenitud. Porque es más seguro vestirnos cada día con el disfraz del personaje que nos hemos creado que atrevernos a mostrar la persona que llevamos debajo.

El juego de la vida es dedicarse a salir a navegar en vez de quedarse en el puerto amarrados: afrontar el desafío de surcar aguas profundas en vez de quedarse anclados; aprender de la experiencia de la aventura en vez de otear el horizonte desde la costa.

El éxito no es ser un número uno, sino pasar a la acción. Aquello que, escondido tras una falsa idea de perfeccionismo, nunca me atreví a hacer. El éxito es tener la humildad para dar el primer paso, divorciarse de ese orgullo que nos mantiene engañados con el argumento de que nada de lo que hagamos será lo bastante bueno, es atreverse a poder hacerlo mal.

¿Te atreves a dar el salto? Nelson Mandela, en el

discurso con el que aceptó el mandato presidencial de liquidar el apartheid y crear un país de integración, nos dejó este legado:

“Nuestro miedo más profundo no es el de ser inapropiados. Nuestro miedo más profundo es el de ser poderosos más allá de toda medida. Es nuestra luz, no nuestra oscuridad, lo que nos asusta. Nos preguntamos: ¿quién soy yo para ser brillante, precioso, talentoso y fabuloso? Más bien, la pregunta es: ¿quién eres tú para no serlo? Eres hijo del universo. No hay nada iluminador en encogerte para que otras personas cerca de ti no se sientan inseguras. Nacemos para poner de manifiesto la gloria del universo que está dentro de nosotros, como lo hacen los niños. Has nacido para manifestar la gloria que existe en nuestro interior. No está solamente en algunos de nosotros. Está dentro de todos y cada uno. Y mientras dejamos lucir nuestra propia luz, inconscientemente damos permiso a otras personas para hacer lo mismo. Y al liberarnos de nuestro miedo, nuestra presencia automáticamente libera a los demás”.

Lo podemos camuflar de perfeccionismo, pereza, envidia o falta de valentía. Siempre habrá una razón para excusar aquello que te reservaste sin compartir.

Un día descubrí...
qué es mejor que
ser un número uno

Para dar el primer paso sólo se necesita algo muy simple: querer dar el primer paso. Parece una obviedad pero, de nuevo, fue otro gran descubrimiento. Hacer las cosas es cuestión de motivación, de tener una razón para hacerlas.

Algunos tienen cuentas pendientes y les mueve su ansia de venganza: otros necesitan lo más básico para comer o subsistir y pelean por mantener la cabeza a flote; otros más pretenden poder, o que los demás les teman, pero es buscar en los demás algo que no podemos darnos a nosotros mismos: aceptación y amor. Y, la gran mayoría por el amor sin límites a nuestros seres más próximos, nuestros hijos, nuestros padres, nuestras parejas.

Todos tenemos alguna motivación para dar el primer paso, para convertir nuestros sueños en realidad. La que más me emocionó fue la de Picasso, quien siendo ya un anciano se pasaba los días encerrado en el estudio, pintando y pintando. No quería mirar atrás, ni pretendía ningún reconocimiento. Con la edad había superado sus miedos y su alma, inconformista y libre, había conectado con la libertad del niño. "Mis cuadros anteriores no me interesan, siento más interés por aquellos que no he hecho", comentó en una ocasión a una periodista.

Cuando uno da el primer paso y empieza a caminar, enseguida descubre una fuerza interior que le impulsa a seguir adelante, a probar cosas nuevas, a salirse de la vereda, a jugar con todo aquello que se encuentra. En una palabra, a crear.

Es entonces cuando uno se olvida de todo, desprecia cualquier tipo de oropel y vuelve a escuchar esa llamada interior que le impulsaba a crear, que siempre nos ha estado animando a hacer lo que más nos gusta.

Entonces, descubrí que hay algo mucho mejor que ser un número uno y es hacer aquello que nos gusta, que realmente amamos, por el simple placer de hacerlo. Aunque lo hagamos mal.

Cuando uno disfruta haciendo lo que le gusta, ya no necesita ser un número uno, no le importa ninguna clasificación porque ya tiene todo el reconocimiento, todo el valor y todo el amor que buscaba en los demás. Sin darse cuenta, se lo ha dado a sí mismo. Ese ansiado éxito que es la felicidad no es ninguna meta, es la inesperada compañera de viaje que nos encontramos cuando disfrutamos creando aquello para la que estamos destinados cada uno de nosotros. Deja de buscarla y te encontrará.

Y, finalmente,
descubrí...
que todos somos uno

Tardé tiempo en percatarme del séptimo y último descubrimiento. Fue el día que dejé de mirarme y comencé a verme en los demás. El día que aprendí que cualquier juicio a otra persona define al que lo pronuncia, que aquello que no nos gusta de los otros es lo que en realidad somos y no nos atrevemos a aceptar de nosotros.

Entonces, descubrí que cada persona que cruza nuestra vida es una muestra, que cada encuentro está predestinado para que aprendamos, que cada uno tiene su propio camino que recorrer. A veces, podemos coincidir en el viaje con otros, tener compañeros o compañeras con los que avanzar hacia un destino común o, simplemente, ir a nuestro ritmo. Otras veces, hay encuentros fugaces con personas que, sin embargo, dejan una gran huella y cuya influencia recordaremos siempre.

Se trata de disfrutar de cada encuentro, con cada persona que cruza nuestra vida, no de competir con quienes nos rodean.

Aunque, lo más importante no está a la vista. Todos llevamos una mochila cargada de sentimientos y de experiencias vividas. Sólo el que la lleva encima sabe de su verdadero peso. No deberíamos hablar de otros sin saber lo pesada que le resultaba su carga. Tan sólo, honrar su destino.

La gran noticia es que podemos hacer nuestra mochila más ligera y liberarnos de esas cargas. Esa es la misión de los descubrimientos anteriores: dejar de comparar, de competir, de presumir, de agrandar, de luchar, de juzgar.

Cuando conectas con el ser único que ya eres y descubres que estás rodeado de otros seres excepcionales, se pierde todo interés por ser superiores a otros, no te sientes inferior, ni dejas que otros te lo hagan sentir. Somos, entonces, un regalo para el mundo y el mundo te obsequia y sorprende con lo más inesperado.

Todo es perfecto. El Creador nos hizo perfectos tal como somos. Querer más es una pelea inútil que sólo proporciona sufrimiento. Cuando te rindes y aceptas la derrota, te llega la recompensa que siempre buscaste. Todo lo que necesitamos, ya lo tenemos. Siempre lo tuvimos. Cada uno, a su manera. Descubrirlo es un eterno agradecimiento por conectar con el origen de todo, del todos somos parte. Mil gracias.

A final, aquella primera frase se convirtió en este escrito. No es, desde luego, una gran novela, pero sí el comienzo de mi segunda oportunidad. Éste es mi mensaje: vive tu vida, atrévete y crea aquello que realmente sientas. El éxito se consigue cuando te atreves a comenzar.

“El arte no basta con intenciones y, como decimos en español: obras son amores y no buenas razones. Lo que cuenta es lo que se hace y no lo que se tenía la intención de hacer”

Pablo R. Picasso